

Federico García Lorca

Otros textos dramáticos

Díálogos

[Diálogo con Luis Buñuel]

ESCENA PRIMERA

Habitación blanca con los muebles de pino. Por la ventana se van largas nubes dormidas. Los personajes están tomando té.

FEDERICO. No tengo esa sed de viajes que te domina, Buñuel.

LUIS. Pues en mí constituye una obsesión.

AUGUSTO. Yo no siento el deseo de ir a todas partes que tiene éste, pero el viaje a ciertos países me gustaría mucho.

LUIS. En un campo quieto bajo la escarcha y un bosque agitado por el viento encuentro el mismo fruto de emoción. A veces pienso que la tierra es demasiado pequeña, ¡y que todo se conoce ya!

FEDERICO. Piensas así porque eres fuerte.

LUIS. No sé que decirte.

FEDERICO. Yo en cambio, como Alfonso Karr, prefiero viajar alrededor de mi jardín.

LUIS. A mí me das tierra firme y realidad.

AUGUSTO. Creo que los dos podréis viajar en vuestros mundos sin que al final se pueda saber quién traerá su zurrón más lleno.

FEDERICO. Tienes razón. Del norte al sur de la velta del tejado, hay la misma distancia que de un polo a otro polo.

LUIS. Absolutamente la misma.

(La tarde se va tendiendo lentamente sobre el monte. Cuatro gorriones con las alas abiertas componen por un...)

[...]

La sabiduría

El loco y la loca

Calle.

AMIGO MORENO. ¿Cómo estás?

AMIGO RUBIO. Bien, ¿y tú?

AMIGO MORENO. Bien, gracias.

AMIGO RUBIO. ¿Y tu familia?

AMIGO MORENO. Está en el campo. ¿Y la tuya?

AMIGO RUBIO. Este año no sale fuera.

(Pausa.)

MAESTRO. *(Dentro de la escuela.)* Ya os he enseñado la esfera armilar. El mar es celeste y la tierra es de todos los colores.

NIÑO. ¿Sin que se te olvide ninguno?

MAESTRO. Ninguno. La tierra es extraordinariamente grande, pero se puede reducir su tamaño si nosotros queremos.

LOS NIÑOS. ¿Cómo?

MAESTRO. ¡Silencio! La tierra tiene cuatro puntos cardinales. ¡Oh maravilla! Norte, Sur, Este y Oeste.

LOS NIÑOS. Norte, Sur, Este y Oeste.

MAESTRO. Nosotros podíamos cambiar la superficie de la tierra si dijéramos: «Hay cuatro puntos cardinales: Oeste, Este, Sur y Norte».

LOS NIÑOS. Oeste...

MAESTRO. Chitón. Sería peligroso. Y además ya se ha escrito la geografía.

LOS NIÑOS. Geografía es la ciencia que trata, etc., etc.

MAESTRO. Muy bien. El Norte es una pera de cien kilos pintada de blanco. El Sur, una rueda de papel. El Este, un remo de cristal y el Oeste, un ala diminuta.

LOS NIÑOS. La punta de nuestros lápices se acaba de romper.

MAESTRO. No importa. Hay en el mundo muchos caballos sin cola. Y las lagartijas, ¿no viven con el rabo cortado? ¡Proseguid!

LOS NIÑOS. ¡Proseguimos!

MAESTRO. Todos los ríos bajan del Norte rompiendo el cascarón del huevo de la nieve. Los perfumes a quienes el aire cueлга de los pies como el cazador a sus aves, suben del Sur. El Este y el Oeste permanecen impassibles con las alas en las rodillas.

EL INSPECTOR. (*Entrando.*) ¿Qué está usted diciendo?

MAESTRO. Explico geografía.

INSPECTOR. ¿Qué geografía?

MAESTRO. Mi geografía.

INSPECTOR. Me veré obligado a dar parte a la superioridad. El Ministerio de Instrucción Pública no tolea abusos.

MAESTRO. ¡Perdóneme!

INSPECTOR. Pero ¿qué esfera armilar es ésta...? Vamos. Niños, ¿cuántos son los puntos cardinales?

MAESTRO. (*Aparte.*) Cabeza, pies, corazón y mano derecha.

INSPECTOR. No contestan.

MAESTRO. Son las tres y la clase debía terminar a las dos.

INSPECTOR. Entonces mañana veremos.

(Pausa.)

(Un rruiseñor de tinta declama líricamente las letras minúsculas.)

AMIGO MORENO. ¡Qué de voces dan en la escuela!

AMIGO RUBIO. (*Sorprendido*) ¿En qué escuela?

AMIGO MORENO. En ésa.

AMIGO RUBIO. (*Serio.*) ¡Pero si no hay ninguna escuela!

AMIGO MORENO. ¡Siempre tan bromista!

AMIGO RUBIO. ¡Lo que tú quieras!

AMIGO MORENO. Bueno, quédate con Dios.

AMIGO RUBIO. ¿Dónde vas?

AMIGO MORENO. A estudiar geografía. Ya sabes que ahora hago las oposiciones.

AMIGO RUBIO. Yo también me voy.

AMIGO MORENO. ¿Dónde vas?

AMIGO RUBIO. A estudiar geometría. Quiero ser pintor.

AMIGO MORENO. (*Lejos.*) ¡Qué tarde más hermosa!

AMIGO RUBIO. (*Lejos.*) Redonda.

AMIGO MORENO. Pero no hay que olvidar que este azul tan rutilante es sólo una cáscara.

AMIGO RUBIO. (*Extrañado.*) ¿Una cáscara...?

(Los cristales de los miradores y ventanas, orzas de Carlos III, pesan y brillan.)

(En el tercer balcón de un piso cuarto izquierda, letra A, aparece una Señora vestida de blanco. Da muestras de gran abatimiento.)

SEÑORA. ¡Ay de mí!

UN PARALÍTICO. *(Que viene por la calle.)* ¡Ay de mí!

SEÑORA. ¡He perdido mis gafas!

PARALÍTICO. Eso no es nada. Compra otras.

SEÑORA. ¿Se olvida usted que hoy es domingo y están cerrados los establecimientos? ¡Pobres gafas mías!

¡Ay mis gafas! ¡Ay mis gafas!

PARALÍTICO. *(Yéndose.)* Es mucho más desgraciada que yo.

SEÑORA. ¡Ay, enfrente está la biblioteca! No sé qué van a hacer los libros sin mis gafas. Mar sin barcos.

¡Qué horror! ¡Ay mis gafas!

AMIGO RUBIO. *(Saliendo.)* Por más que llamo en la biblioteca no quieren salir. ¡Es para desesperarse! *(Se va. Amor en la ventana de la biblioteca.)* ¿Y si yo prendiera fuego a todos los volúmenes?

(Señora dentro cantando.)

CANCIÓN DE LAS GAFAS PERDIDAS

El día y la noche usan monóculos.

Porque el día y la noche no tienen dos ojos.

[...]

[Diálogo de don Fabricio y la señora]

[...] *de sordos abejarucos y aparatos de relojería.*

SEÑORA. ¡Fabricio!

FABRICIO. Se me ha dormido un pie.

SEÑORA. Hazte una cruz con saliva en el zapato.

FABRICIO. Y un muslo.

SEÑORA. Pellízcate. *(Los puños almidonados de don Fabricio han sonado como dos besos sobre la frente de una mujer muerta.)* Cada vez que te miro me gusta más la botonadura de oro verde que llevas en la camisa.

FABRICIO. ¿Qué hora es?

SEÑORA. Hicimos bien en comprarla. Me acuerdo cómo le gustaba a mi tío el almirante. *(Silencio.)* El pobre murió en Constantinopla.

FABRICIO. Hay ya poca luz.

SEÑORA. Deben ser las seis.

FABRICIO. ¿Nos vamos?

SEÑORA. No te muevas. ¡Si vieras lo bien que me encuentro en este sitio!

FABRICIO. Yo, en cambio, estoy fastidiado.

SEÑORA. Por culpa del barbero.

FABRICIO. Naturalmente.

SEÑORA. Ya te dije el día antes que te arreglaras la cabeza. Ahí tienes los inconvenientes de no hacer caso a tu mujer.

FABRICIO. Me pica la barba demasiado.

SEÑORA. Inconvenientes de ser hombre.

(Las dos manos amarillentas de don Fabricio caen rendidas sobre el velador. Allí adquieren una trágica expresión eterna.)

[Diálogo del dios Pan]

SIRENA.

« ¡Ay cómo aprieta el mar mi cintura!
Aquellas naves tienen la culpa.
No aprieta el cielo tanto a la luna.
¡Cómo me pesan en las escamas
las duras quillas alquitranadas!»

(Pan abre sus muslos peludos y vuelve a mear lentamente. En las bodegas de los contornos el vino se sale de las pipas en homenaje al dios. Todas las nodrizas sienten un calorillo húmedo sobre sus muslos.)

PAN. Oh... *(Se duerme.)*

(La Sirena desaparece. El mar, lento y pesado, cuelga en los olivos rosas coronas conmemorativas de espuma y caracoles. El mar suena en la orilla y defiende su interior de silencio absoluto.)

[...]

[Diálogo de la Residencia]

Román en escena paseándose con un número del Socialista.

(Timbre.)

VOZ. Jesusa, una merienda al cuarto del señor Olalla.

(Pausa.)

ARIAS. ¿Qué hay, Olalla, y ese ojo?

VOZ. Más negro que una mina de Linares.

ARIAS. Eso no es nada, rapaz. Una conjuntivitis ligera. A aliarse.

(Aparecen don Ricardo [Orueta] cargado de máquinas fotográficas y [Luis] Truán cabreado.)

TRUÁN. Vamos, no diga usted que no, don Ricardo. Es un cretino.

ORUETA. Le das mucha importancia, aparte que es un mu chacho simpático y de cierto mérito. Te enseñaré la foto que le hice ayer y verás cómo cambias de opinión.

TRUÁN. ¡Pobre!

ORUETA. Es estupenda.

TRUÁN. A mí me molesta que vaya a Gijón.

ORUETA. ¿No va también Pepe Moreno [Villa] y Barzola y [Javier] Arisqueta...?

TRUÁN. Yo, sin embargo, no le prestaría la máquina ni le prestaría nada. Es un cretino.

ORUETA. Mira esta máquina que acabo de comprar a Braulio López Leñiz. Es estupenda. No se la prestaría. Pero la que empleo para las cosas de Berruguete y Pedro Mena... ésa con mucho gusto, porque para mí, que ya soy viejo, se hace muy pesada.

PÁEZ. Don Ricardo, un gato hay debajo de su ventana.

ORUETA. ¡Un gato!, [?] y están arreglándome el tirador... Trae un bastón, trae un bastón.

(Vase.)

TRUÁN. Pobres gorriones. Cuánto mejor estarían en la puma rada.

(Vase.)

(*Entran Carlos M. [¿Marches?], [Ernesto]Lasso [de la Vega], García Lorca y Cienfuegos. Entra Carlos M. cantando las M. Le siguen los demás.*)

CARLOS. Tan, tan.

PÁEZ. ¿Qué tal, Lorca?

LORCA. De primera. ¿Y usted?

PÁEZ. Como en junio no hubo notas, pues he venido para sacar notable, pero he sacado dos matrículas.

LORCA. ¡Hola, hola, hola, hola!

(*Páez se ruboriza.*)

LORCA. ¿Qué tal los toros de ayer?

CARLOS. Más malos que un chiste de Becares. Ja, ja, ja, ja, estrepitoso.

CIENFUEGOS. Jaaaaaa, jaaaa.

LASSO. No estuvieron tan malos... pero desde que se murió el rey del toreo... ¡Pobrecito José!